

Texto para el catálogo de la exposición **Comportamiento para un Simulacro** en la Sala América de Vitoria en 2019

**Carlos Delgado Mayordomo, Crítico de arte.**

Antonio Guerra ha desarrollado un trabajo que problematiza la representación fotográfica como espacio de producción de conocimiento acerca de la realidad. Su discurso se posiciona como una respuesta a ese ojo contemporáneo que se ha vuelto pasivo, acrítico y que digiere de manera opulenta todo aquello que se le ofrece. De este modo, su propuesta nace de un ejercicio estético e intelectual que se organiza sobre algunas de las zonas conflictivas de la imagen fotográfica contemporánea. Para ello, subvierte esquemas, cuestiona nociones al uso, disecciona el estatuto de veracidad, vincula la imagen con el territorio, hibrida distintas disciplinas y establece relaciones inesperadas entre objetos, entorno y medio fotográfico. Su producción más reciente se configura a partir de una trama argumental modulada por el paisaje, un concepto que Antonio Guerra entiende como un espacio transitivo fruto de la interacción entre sociedad, cultura y naturaleza.

«Comportamiento para un simulacro» muestra el amplio alcance de su propuesta. Especialmente esclarecedoras son aquellas obras elaboradas desde su interacción directa con el territorio, y en las cuales desarrolla relatos en proceso donde recupera la retórica (neo)barroca del cuadro dentro del cuadro. Sin embargo, su discurso apela a un presente que pasa por el filtro de las múltiples pantallas que rodean nuestra vida, y donde el entorno se ha consolidado como una copia virtual de la realidad; nos referimos a aquella «hiperrealidad» que señalara Baudrillard y que finalmente ha sido modulada por las grandes corporaciones de la tecnología y la comunicación. Frente a estas estructuras digitales, el autor propone una involucración directa en el paisaje que, además, incide en cuestiones urgentes y relativas a la problemática medioambiental.

También las ruinas están presentes en la poética de Antonio Guerra, si bien dentro de una dimensión no negativa sino regenerativa. De hecho, el artista entiende lo fallido como una posibilidad que debe seguir siendo elaborada: así ocurre en una de sus exquisitas fotoesculturas, donde fragmentos de antiguas construcciones se reactivan entre sí por medio de superposiciones y transparencias. En otra obra, también presente en la exposición, es el error —procedente de una tarjeta de memoria dañada— la herramienta que le permite asociar aquellos procesos inesperados e incontrolables que comparten la tecnología y la naturaleza. En este sentido, estamos ante la propuesta de un artista firmemente involucrado en plantear posibilidades que abran otras extensiones del acto de mirar. Y para ello, una de sus principales estrategias es la distorsión de la forma de la impresión fotográfica: en muchos de sus trabajos, la tradicional superficie plana fotográfica deviene en volumen, en collage, en amontonamiento o en trampantojo. Estas estrategias no son un mero juego formal, sino que se engranan en su sólida y pertinente reflexión acerca de los límites entre la imagen y su representación.

Estamos, digámoslo ya, ante uno de los fotógrafos españoles más interesantes de su generación. Y ello se debe, en gran medida, a su afán de trabajar con procesos estrechamente ligados entre sí, y que dotan al conjunto de su producción de una coherencia irreductible. Su trabajo articula la belleza estética con una férrea indagación conceptual. Y es ahí, en ese difícil equilibrio, donde radica la excepcionalidad de su propuesta.